



LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+ ¿México-Estados Unidos 2026? Un Mundial conjunto es más importante que solo fútbol.

90

LETRAS LIBRES
JUNIO 2014

CARTA DESDE WASHINGTON

¿NOS ECHAMOS UNA CASCARITA?

ARTURO SARUKHÁN

NO creo que en el mundo exista otra relación bilateral, como la que se da entre México y Estados Unidos, en la que ambos países sean tan vitales para su prosperidad, bienestar y seguridad respectivas. De manera creciente, y guste o no escucharlo en cualquiera de los dos lados de la frontera, el destino de cada nación está creciendo e íntimamente interrelacionado. Las sinergias detonadas gracias al vertiginoso intercambio comercial, al son de 1.4 mil millones de dólares al día en ambas direcciones; las cadenas de producción y de proveeduría integradas entre las dos naciones y que son el resultado de veinte años del TLCAN; y el impacto sociodemográfico derivado de la diáspora mexicana en Estados Unidos, están haciendo que nuestras naciones converjan cada vez más. Por ende, la pregunta que los gobiernos, sociedades y sectores privados de ambos países tendrían que estarse haciendo es cómo asegurar que en todas las esferas de interacción públicas o privadas, sociales o culturales, México y

Estados Unidos pasemos de ser cómplices del fracaso a socios del éxito.

La relación entre México y Estados Unidos, siempre multifacética y fluida, con frecuencia compleja y en ocasiones polarizante, vive un momento dicotómico. Incluso, hay momentos en que podría reflejar nítidamente la manera en que Charles Dickens abre su *Historia de dos ciudades*: “Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos.” Por un lado, la relación diplomática de gobierno a gobierno vive —a pesar de los retos singulares inherentes a una relación como la nuestra y de los ocasionales e inevitables desencuentros— quizá su mejor momento. La agenda bilateral tiene tracción y ha adquirido tono muscular y madurez, y está lo suficientemente institucionalizada como para evitar grandes bandazos. Ello no quiere decir que no existan diferendos; los hay y los habrá en una relación de poder tan asimétrica como la nuestra, pero no hay duda de que la relación hoy ya no es aquella tan disfuncional que describió hace casi tres décadas Alan Riding en su libro *Vecinos distantes*. Pero, por el otro, las percepciones públicas a cada lado de nuestra frontera a veces van a contracorriente de este cambio estructural y de

paradigma. Si bien hay tanto en la opinión pública de Estados Unidos como en la de México un mayor grado de pragmatismo cuando se trata de evaluar la importancia que un país tiene para el otro, las percepciones —provenientes tanto de las élites de opinión como del público en general— siguen dominadas por la convicción de que la otra nación es la fuente de una serie de males que aquejan a la propia.

Por ello, uno de los mayores retos que enfrentan las diplomacias —y los esfuerzos de diplomacia pública— de Washington y de la ciudad de México es cómo convencer a las dos sociedades de que cada una debe asumirse como co-accionista de la otra. Y en estos esfuerzos por capturar las mentes y corazones de otra sociedad, pocas herramientas lo pueden hacer de manera tan efectiva como el fútbol. Bill Shankly, el legendario entrenador del Liverpool a fines de los años sesenta, comentó alguna vez que para muchas personas el fútbol era un tema de vida o muerte, pero que, en realidad, era mucho más importante que eso.

Creo que el fútbol tiene el potencial de hacer maravillas por la relación entre México y Estados Unidos, y una candidatura conjunta para el Mundial de 2026 sería el gol olímpico.



pico. Sí, me queda claro (y antes de que los lectores empiecen a argumentar por qué no es posible, deseable, relevante o realista, o por qué es descabellado, frívolo, impráctico o innecesario) que no será fácil convencer a las respectivas federaciones de fútbol, a las grandes corporaciones que patrocinan el Mundial, a la FIFA y a la plétora de intereses que orbitan el mundo del fútbol. Muchos justificadamente pensarán que México en particular no puede darse el lujo de gastar recursos en instrumentar una campaña de esta naturaleza e invertir en la modernización de infraestructura necesaria.

Pero veámoslo desde esta óptica. De arranque están los flujos comerciales y la sinergias económicas a las que aludí al principio y que un Mundial solo potenciaría. Pero más allá de estas profundas y poderosas megatendencias, existe el antecedente de un Mundial organizado por dos países, también con una relación de vecindad compleja y un pasado turbulento y asimétrico: Corea del Sur y Japón. Pero, a diferencia de esas dos naciones, hay una gran comunidad mexicana en EU y en México vive el mayor número de ciudadanos estadounidenses fuera de su país, lo que le imprime a la propuesta un valor e impacto sociales relevantes;

el principal destino turístico de los estadounidenses es México y el de los mexicanos es Estados Unidos. La comunidad hispana –y la mexicanoestadounidense– representa el sector en EU cuyo poder adquisitivo ha crecido más y lo seguirá haciendo en la próxima década. A diferencia de Brasil, Rusia (2018) y Qatar (2022), que tuvieron o tendrán que construir la mayoría de los estadios para sus campeonatos, Estados Unidos y México, en el peor de los casos, solo tendrían que modernizar y adecuar los estadios existentes. Nuestra infraestructura fronteriza y nuestras respectivas redes de transporte, claramente inadecuadas para el siglo XXI, se modernizarían e integrarían. Por razones distintas, ambos países requieren, para sus respectivas “marcas País” y su llamado “poder blando” en el mundo, volver a organizar eventos de la magnitud de una Copa del Mundo. Estados Unidos, que no organiza un evento de este calado desde los ataques terroristas del 2001, tiene que romper la narrativa de la “América fortaleza”; México requiere demostrar que, más allá de la narrativa de la inseguridad, hay un país con enorme potencial y cuyo futuro puede ser promisorio. El mensaje que una candidatura conjunta enviaría a mexicanos y a estadounidenses –y juntas las dos naciones al resto del mundo–, el de un destino mancomunado donde el éxito de uno es el éxito del otro, tendría hondas repercusiones bilaterales y globales. Un Mundial conjunto es mucho más importante que solo fútbol. ¿Jugamos? –

CRÓNICA DE VIAJE EL DOLOR COMPARTIDO

✎ MARISOL RODRÍGUEZ

En 1922 el fuego destruyó Esmirna. Hay quienes sostienen que en 1922 el ejército turco la destruyó deliberadamente en el clímax del genocidio armenio. Otros, los que desde el poder tejen los hilos de la memoria, insistían hasta hace unos días que en 1922 los armenios y los griegos quemaron sus propias casas, saquearon sus propios

negocios y abusaron de sus propias hijas, hermanas y madres. El hecho es que en 1922 las llamas consumieron todo menos los barrios musulmanes de la segunda ciudad portuaria de Turquía después de Estambul. Seis días antes de mi visita a Esmirna, o İzmir, el primer ministro Tayyip Erdoğan se convirtió en el primer jefe de Estado turco en ofrecer sus condolencias al pueblo armenio por la masacre. En su discurso, Erdoğan camina de puntitas entre las palabras y evita tocar la de “genocidio”, la que en 1943 Raphael Lemkin acuñó para hablar de este exterminio.

Hoy, camino por el malecón de Konak (el barrio central) con una pequeña maleta gris a mis pies. Una de sus llantas está fundida de tanto andar. Coja, se arrastra entre concreto y asfalto, recogiendo polvo y piedras, creando a su paso la inconfundible cacofonía del turista extranjero.

Nadie habla mi idioma, pero todos parecen dispuestos a ayudarme. Esta primera tarde no será la única de mi estancia en que extraños correrán fuera de sus negocios, dejando sus tareas a medias, para traer al vecino sonriente que habla inglés. Después de diez minutos de discusión que terminarán involucrando a unas cuatro o cinco personas más, todos llegarán a la conclusión de que lo mejor –siempre– es tomar un taxi.

Me acostumbro pronto a esta caótica hospitalidad y a perderme entre los autobuses, los trenes subterráneos, los ferris que conectan el norte y el sur de la ciudad e, inevitablemente, a los taxis. Pronto deja de perturbarme la presencia de Atatürk, el omnipresente padre de la patria que lo ve todo, ya sea desde la cima de una colina con su busto tallado en piedra o en las miles de banderas que con su rostro ondean en los balcones, al interior de restaurantes y comercios, en las camisetas de los niños, en todas las monedas en circulación, en las libretas y cuadernos que se venden en cualquier papelería o surgiendo encarnado en bronce de las paredes de escuelas y museos.

Las heridas del oprobio, las que se infligieron bajo esta misma presencia paternal, se han convertido en cicatrices deformes que, ante la estratégica negación de las instituciones, devienen materia prima para los artistas de la región. Lo veo en la Trienal de İzmir, un evento precario, carente de difusión, parásito de la antigua fábrica de tabaco austroturca de la ciudad. Me encuentro aquí con la obra de Metehan Özcan, Sibel Horada y Hakan Kirdar y el fuego, el polvo y la memoria que los unen en un luto compartido. Inspirado en el *Diario de duelo* de Barthes, Özcan emprende una búsqueda por los restos del gran incendio de İzmir. Las postales y la historia oral de su familia, las imágenes y el mismo carbón, lo llevan al Kültürpark, el parche de árboles, galerías, museos y espacios públicos que como una isla en medio del concreto marca el corazón de la metrópolis.

La historia de Özcan y mi extraña agenda me llevan al mismo lugar, al área de cuarenta hectáreas que en 1922 fue arrasada por el fuego y que

hoy inaugura en una de sus galerías una exhibición sobre el perdón: *¡Nunca más! Apología y hacer las paces con el pasado*, un proyecto de la Open Society que pretende “transformar la cultura de olvido en Turquía” para reconocer que “una cultura que recuerda puede restablecer su sentido de justicia”. Aquí, ni una palabra de la masacre de Adana en 1909 o las marchas de la muerte o los campos de trabajos forzados o las inoculaciones de tifoidea o siquiera sobre el gran incendio de İzmir. Otros horrores, otras disculpas.*

En İzmir el tiempo se mide en oraciones. El canto en árabe de los *muezzin* en lo alto de los minaretes me anuncia la hora. Las cinco de la mañana, las doce del día, las cuatro, las siete, las nueve de la noche. En el último llamado me entrego a la rutina del té con Mahmed, mi nuevo amigo, un excontratista privado que ha pasado los últimos diez años en

* La muestra es parte del programa de subvenciones de la UE para el proceso de normalización entre Armenia y Turquía. Mi visita al país también es patrocinada por un proyecto cultural de la UE.

Iraq. “En tiempos de guerra se puede hacer mucho dinero”, me dice con una sonrisa. El té es una cortesía. —

GASTRONOMÍA EL CHEF QUE SE REBELÓ CONTRA LAS LISTAS

LILIAN LÓPEZ CAMBEROS

La revista británica *Restaurant* anunció recientemente los cincuenta mejores restaurantes del mundo de 2014 (la lista, conocida como The World's 50 Best, es considerada por algunos como el Oscar de la gastronomía). Las sorpresas fueron moderadas: los hermanos Jordi, Joan y Josep Roca, dueños del Celler de Can Roca en Girona, se fueron al segundo puesto, mientras que René Redzepi, del danés Noma, volvió a ocupar el primer lugar. Pocas cosas se mueven, la alta cocina gira en torno a los mismos nombres de un tiempo para acá.

Otra cosa sorprendió más: la incursión, en el número 35, de Martín Berasategui, el chef español con más estrellas Michelin de su país (siete, que con todo palidecen frente a las 28 de Joël Robuchon, dueño de una docena de restaurantes en el mundo).

Berasategui tiene siete restaurantes, uno de ellos en la Riviera Maya, pero su insignia es el primero que abrió en Lasarte-Oria, municipio de Guipúzcoa, en el corazón del País Vasco. San Sebastián, la capital de la provincia, concentra la mayor cantidad de estrellas Michelin de toda España. Allí, cuando tenía trece años, Berasategui empezó a cocinar en el Bodegón Alejandro, negocio familiar regentado por su madre y su tía, al que le consiguió su primera estrella a los veintiún años.

El valor de las estrellas Michelin tiene rango de mito. Mucho se le debe a su método de calificación: los inspectores son anónimos y todos los años visitan cada uno de los restaurantes reseñados en el número anterior, sin tomar notas y pagando sus cuentas como cualquier comensal; además, contemplan nuevos establecimientos sugeridos por lectores y a solicitud de algunos chefs.



Fotografía: Marcelo Rodríguez

+Atatürk, omnipresente padre de la patria.



+La lista de *Restaurant*: una broma entre amigos.

En 2014 hay menos de 110 restaurantes en el mundo con la distinción máxima de tres estrellas (entre ellos el Berasategui de Lasarte-Oria, que la obtuvo en 2001, siete años después de inaugurado). El fervor que la guía Michelin suscita tiene su ejemplo más delirante en el caso del chef francés Bernard Loiseau, quien se suicidó en 2003, cuando se esparcieron rumores de que su restaurante La Côte d'Or perdería su tercera estrella, conseguida en 1991. Por su parte, la lista de la revista *Restaurant* lleva doce años clasificando a los cincuenta mejores restaurantes del mundo bajo el patrocinio de varias marcas (la más prominente, por la que incluso se le identifica, es S.Pellegrino). Aquí es donde se problematiza la cuestión.

El año pasado Martín Berasategui visitó México para cocinar en Estudio Millesime, un concepto de comida VIP nacido en España. Meses antes había escrito en su blog un texto incendiario en contra de la lista, de la revista y de sus jueces. El recelo principal, que hace eco de la polémica que suscitó la primera publicación del listado, es de dónde sale el presupuesto para visitar por los menos ocho restaurantes de las veintiséis regiones que *Restaurant* califica. No hay comprobantes de

gastos y de los jueces se sabe solamente que son “críticos, periodistas gastronómicos, *foodies* y chefs”. Berasategui concluye que “es una lista tramposa, cuyas bases no tienen ningún fundamento, que está sustentada en el amiguismo y las relaciones de despacho y teléfono y que no hay manera de controlar los votos que supuestamente dan los miembros del jurado”. No está solo: entre otros, el crítico gastronómico Carlos Maribona la califica como “una lista para papanatas”. En medio de este clima apareció Berasategui, un tipo bonachón y sonriente, para dar entrevistas a algunos medios mexicanos durante su visita. S.Pellegrino patrocinaba las comidas de Estudio Millesime. En la mesa, al lado de la grabadora, estaba la distintiva botella color verde con la estrellita roja al centro. Los publirrelacionistas animaban a los reporteros a sacarle fotos a Martín con ella, pero en realidad permanecía como el recordatorio incómodo del tema que Berasategui, todavía, no podía soltar.

“Si no tienes un euro, ¿cómo viajas alrededor del mundo?, ¿cómo vas a 700 restaurantes? Eso cuesta muchísimo. Entonces, ¿cómo nos quieren hacer creer que los propios chefs eligieron a los chefs? En

la lista hay muchos cocineros españoles que aprecio y admiro: Eneko Atxa, Ferrán Adrià, Mikel Alonso (de Biko)... Pero no es la lista de los mejores 50 restaurantes del mundo, sino de los mejores amigos de los que hicieron la lista. Los periodistas han quedado mal en no investigar de dónde vienen los recursos.”

La crítica española María Canabal (*Bleu & Blanc*, septiembre de 2012) indica que la lista inició, según el propio editor de *Restaurant*, William Drew, como una broma. Escribe: “Pregunta del millón: ¿Quién recuerda el ganador de 2002? Respuesta: elBulli. ¿Y en 2003? The French Laundry. Diez años después, el de Cataluña ha cerrado y el de California ocupa la posición número 43 (44 en 2014). Es difícil creer que la cocina de su chef, Thomas Keller, se degradase tanto en solo nueve años.”

Es inevitable pensar que la selección de Berasategui es una especie de cachetada con guante blanco, por parte de los editores de *Restaurant*, al chef que ha cuestionado la subjetividad de su selección. El manifiesto de The World's 50 Best informa que aquello que puede clasificarse como “mejor” es dejado al criterio de sus “900 líderes internacionales” en la materia. Es decir, nos dejan en las mismas. Pese a su opacidad, a lo parcial de su sistema, a los reparos de quienes conocen cómo opera la industria restaurantera, la lista va por ahí ostentando una clasificación que se asume definitiva. *El Oscar de la gastronomía*.

Desde su entrada en el número 35, Berasategui no ha declarado nada. Parece consecuente con su postura, siempre a favor de los rigurosos métodos (y el comprobado presupuesto) de Michelin, y su renuencia a participar activamente en el *showbiz* culinario. Después de todo, su filosofía lo resume mejor: “Yo me la paso en un disfrutón, vengo, me tratan de lo mejor, tengo el honor de hacer dos comidas y dos cenas en un lugar como Millesime, ¿de qué me puedo quejar? He consagrado mi vida a cocinar, a este noble oficio que aprendí de mis papás, mi tía y mi abuela en el Bodegón.” —

MÚSICA

THOMAS MANN Y EL HIT PARADE

✎ SERGIO MUÑOZ BATA

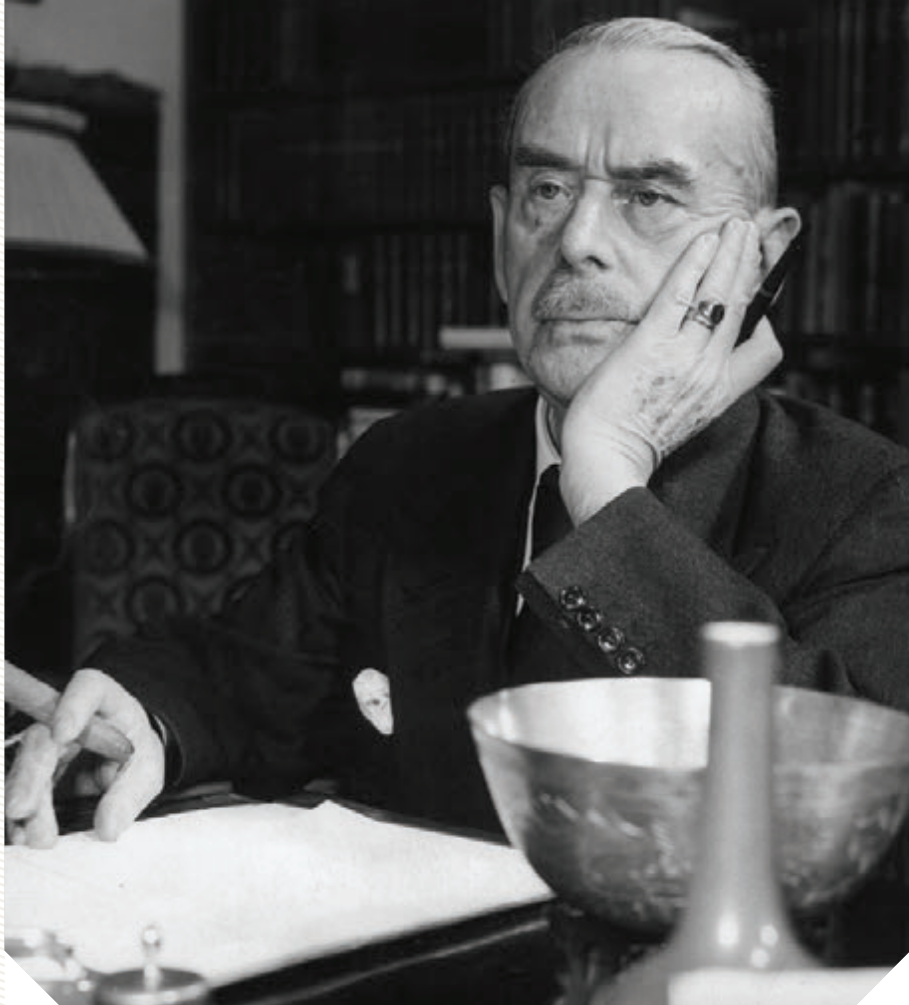
En 1896, a los veintidós años de edad, Thomas Mann publicó “Enttäuschung” (“Desilusión”), un cuento sobre la decepcionante vida de un hombre extraordinario con el que el narrador se encuentra en la Plaza de San Marcos, en Venecia.

Enterrado bajo el peso de *Los Buddenbrook*, *Muerte en Venecia*, *La montaña mágica* y el *Doktor Faustus*, el texto de Mann permaneció en las sombras de la academia hasta que, en 1964, Erik Bauersfeld y Bernard Mayes hicieron una adaptación dramática para un programa de radio en San Francisco, California.

Por esas fechas y por recomendación de su esposa de origen alemán, el compositor estadounidense Jerry Leiber leyó el texto de Mann que, según dijo, le hizo sentir “el hueco existencial que permanece en el centro de nuestras almas”. Del cuento original Leiber seleccionó tres escenas y el leitmotiv (“¿Es eso todo lo que hay?”, que sirvió también de título a la canción) y compuso la letra que le presentó a Mike Stoller, su socio musical. A Stoller le gustó la letra que “recogía la ironía agri dulce del cabaret alemán”, aunque pidió una cuarta escena que le permitiera convertirla en un pastiche de las canciones de Kurt Weill y Bertolt Brecht en Berlín, con ecos de “Surabaya Johnny” y “La Pirata Jenny”.

Leiber y Stoller le presentaron la canción a Georgia Brown, una estrella del teatro musical inglés, quien no solo aceptó estrenarla sino que, dando muestra de su buen olfato musical, les pidió que se le aumentara un estribillo, una reiteración que eventualmente le daría fama a la tonada.

El estreno de la canción en la televisión londinense en 1966 pasó totalmente inadvertido y del programa no sobrevive copia alguna. Desilusionados, los autores continuaron en búsqueda de la cantante ideal y pensaron en Claire



+ “Is that all there is?": *Enttäuschung* a ritmo de cabaret.

Waldoff, una cantante de la compañía de Bertolt Brecht en Berlín a la que no pudieron convencer de participar en el proyecto. Visitaron a Marlene Dietrich en Nueva York pero también ella los rechazó aduciendo que para su nuevo repertorio buscaba piezas con “glamour pero sin profundidad”. Leslie Uggams hizo la primera grabación de la canción en Estados Unidos, pero su versión también se desvaneció en el olvido.

Finalmente se la presentaron a Peggy Lee, a quien le encantó el tema de estilo recitativo con un estribillo cantado, y a Randy Newman, a quien le dieron toda la libertad para hacer un nuevo arreglo. Entre las modificaciones importantes que Newman adicionó a la melodía destaca la introducción de un corno en el segundo verso haciendo una contramelodía. Un acierto musical que se convertiría en parte esencial de la canción, y que se ha repetido en muchas versiones posteriores.

La versión de “Is that all there is?” de Lee llegó al primer lugar del *hit parade* en 1969. Luego vinieron versiones de Tony Bennett, Bette Midler, Chaka Khan, Alan Price y una docena más de cantantes que grabaron el tema sin incidentes hasta que una crítica de teatro del *Village Voice*, llamada Cristina Monet, hizo una nueva y atroz versión de la pieza. Horrorizados, los autores presentaron una demanda legal para impedir su lanzamiento en Estados Unidos. Según Leiber y Stoller, al cambiar la música y la letra, lo que Monet había hecho era una parodia horrible que nada tenía que ver con la canción y que violaba los derechos de autor.

La letra, tanto en la versión de Lee como en la de Monet, se refiere a la fuerte desvinculación emocional de la vida del protagonista. La gran diferencia es que mientras que la interpretación de Lee privilegia la melancolía, la de Monet es pedestre y carece de emoción. En cuanto a la música, las diferencias entre las dos

versiones son abismales. El magnífico vals con sus ecos disonantes de la canción de cabaret de Berlín posee un toque universal y de calidad mítica en la versión de Lee mientras que el ritmo alternado de discoteca y rock utilizado por Monet le da un carácter áspero y vulgar a la música original. Con el tiempo, Leiber y Stoller retiraron la demanda y Cristina pudo finalmente lanzar su versión.

De la centralidad de la música como signo de la identidad alemana que va del himno a la alegría al preludio de la catástrofe hay un enorme expediente en la vida y obra de Mann. Poco o nada sabemos si durante su exilio en Estados Unidos se interesó por la música popular estadounidense.

Mann abandonó la Alemania de Hitler en 1933 y encontró refugio en la tierra de Walt Whitman y Franklin Delano Roosevelt. Vivió en Los Ángeles, California, once años y salió del país en 1952, en el auge del macartismo, rehusándose a volver a vivir la pesadilla del fascismo. Tres años después, murió en Zúrich, Suiza, sin imaginar, pienso, que una de sus historias adolescentes ocuparía un lugar de prominencia en el *bit parade* estadounidense de 1969, al lado de Elvis Presley y The Beatles. —

RESCATE HISTÓRICO CARTA A ANDRÉ GIDE, 1944

JEAN MALAQUAIS

El escritor Jean Malaquais (1908-1998), ganador del Premio Renaudot en 1939, se exilió en México durante la Segunda Guerra Mundial. Polaco de nacimiento, pero esencialmente apátrida, obtuvo la visa mexicana gracias a los oficios de su amigo constante André Gide, quien gestionó ante Jaime Torres Bodet y Gilberto Bosques su salida de Francia. Malaquais vivió en México entre 1943 y 1945, antes de exiliarse definitivamente en Nueva York. Aquí trabajó relación con el joven Octavio Paz. De su correspondencia con Gide,*

*André Gide, Jean Malaquais, *Correspondance, 1935-1950*, París, Phébus, 2000.

he extraído y traducido los párrafos finales de la carta del 27 de marzo de 1944, en donde se extiende sobre su experiencia mexicana.

— JAIME MORENO VILLARREAL



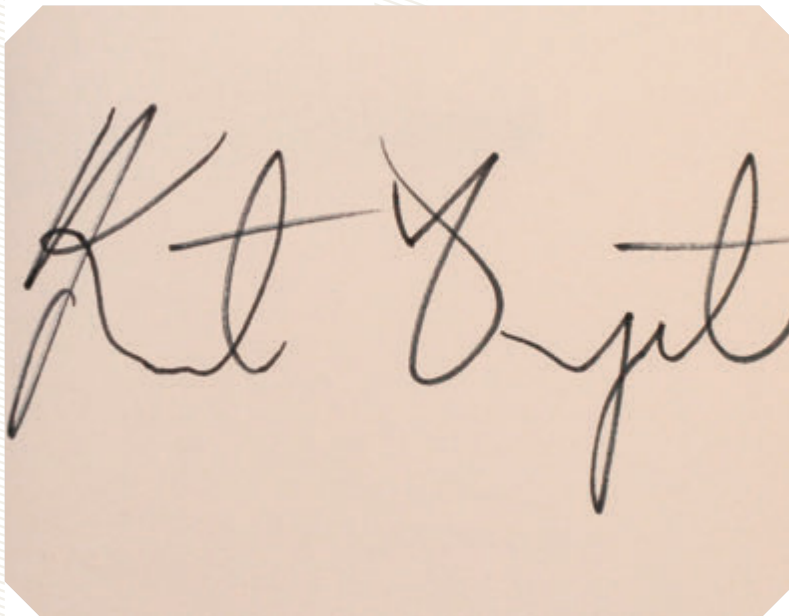
Querido amigo, [...] México es un país asombroso, sofocante y prodigiosamente doloroso. Si puede hablarse de una tierra mártir, de una nación mártir, es de México de la que hablamos. Aquí la masa humana aún está, como desde siempre, en plena fermentación; las reacciones químicas de la mezcla de sangres aún no se han atenuado. Uno tiene la sensación de asistir a un nacimiento, en el sentido más visualmente cargado del término, al surgimiento de un ser desde el fondo de las entrañas. Pero se trata de un nacimiento triste, yo diría que sin alegría, sin los gritos que acompañan una llegada al mundo. Los porqués del “indio triste” son múltiples, pero uno de ellos debe buscarse en la trágica historia de los indios. Cuando uno se sumerge en la historia de este pueblo, experimenta literalmente el vértigo. Aparte quizá de los judíos, me parece que ninguna comunidad ha sufrido tanta crueldad a lo largo de los siglos, incluidos los siglos previos a la Conquista. He tenido oportunidad de hacer algunas incursiones en el interior del país. Ahí el indio se encuentra tal como lo dejó la rapiña incalificable de Cortés y sus sucesores, aunque, desde el punto de vista económico, sin duda está hoy en una situación aún más miserable. Podría decirse que desde siglos atrás la sangre jamás ha dejado de correr bajo estos cielos. Los aztecas, que practicaban los sacrificios humanos en vasta escala (tal como los demás pueblos a los que corrompieron), al mezclarse con los conquistadores, que no eran ni mucho menos peritas en dulce, dieron luz a una raza mestiza cuyo rasgo predominante es el desprecio más absoluto por la vida, sumado a una crueldad tan inconsciente como la de los niños. En este país en el que no hay, por así decirlo, gente descreída, donde todo mundo es supersticioso y a menudo

místico, el sentido de la piedad y la caridad cristianas permanece ignorado. No creo equivocarme si digo que la nota roja de la prensa mexicana no tiene parangón en el mundo. Las violaciones en la vía pública (y las subsecuentes violaciones en las dependencias policiacas, adonde la víctima habría tenido la mala idea de acudir a quejarse), el asesinato por una nadería, el secuestro arbitrario, el bandolerismo en cualquiera de sus expresiones, son hechos cotidianos y pasan como si nada (por lo que la pena de muerte debió reintroducirse desde el pasado octubre). La explicación más simple, y también la más cómoda, suele indicar que la fuente de tal desorden está en la extrema miseria en que vive la abrumadora mayoría de la nación, al lado de la insolente riqueza de una burguesía socialmente artificial, surgida de las convulsiones más recientes y de esa suerte de estampida que acarrea la guerra en el mundo. Pero la pasmosa irresponsabilidad y la falta de ética son más bien asunto de las clases “instruidas”. Un pequeño ejemplo, entre otros que podría citar, y no más escandaloso en este ámbito que cualquier nota roja: una mujer del campo viene a la ciudad para que su



+Malaquais: escandalizado y escandaloso.

hijo de catorce años se opere de un pólipa en la nariz. Cuando el adolescente está por ingresar al quirófano, la madre advierte al médico que su hijo padece de hemofilia. *Never mind!* Él conduce adentro al joven, lo opera sin mayor precaución, y naturalmente el chico muere de hemorragia. La madre, luego de haber esperado durante horas en la antecámara, se anima a echar un vistazo, y descubre el cadáver de su hijo sobre la mesa de operaciones. El cirujano desapareció. La policía lo busca, sin éxito; el hombre se volatilizó, pero al día siguiente se presenta ante la madre a cuyo hijo mató. Le asegura que lo ha reflexionado bien, que ha consultado a un abogado sin título, y que su resolución es la siguiente: se trató de un accidente, el chico no tuvo suerte, y para que la madre vea que actúa de buena fe, él, buen samaritano, le condona los cien pesos que debía pagarle por la operación, a fi de que los use para los funerales del muchacho. Caso cerrado. El cirujano seguirá en su carnicería y la madre en su llanto. Por lo demás, los sindicatos obreros son verdaderas bandas de criminales: los líderes sindicales son generalmente millonarios, y no hay un asalariado, ya sea trabajador manual o intelectual, que no esté obligado a formar parte de un sindicato; y aunque los accidentes de trabajo son numerosos, es extremadamente raro el caso en que la caja del sindicato sirva para resarcir a las víctimas. La corrupción general es tan inverosímil que se torna pesadillesca; es casi imposible obtener algo sin antes untar la mano de funcionarios menores o mayores. Al llegar aquí, tuve ocasión de conducir un auto. Me hacía falta la licencia. Me presenté, llené el cuestionario y la solicitud. Ingenuamente. Al final, el oculista me dijo que yo estaba completamente ciego; el médico, que era cardíaco; el examinador que me hizo la prueba de manejo (un polizonte acompañado de su pistola automática), que era peligrosamente nervioso. Y no obtuve la licencia. Pero, gracias al consejo de gente bien enterada, luego de pagar una gratificación de 25 pesos, obtuve en seguida la licencia sin revisión médica



+La amistad y la edición funcionan con el mismo principio.

ni examen de manejo. Conocemos a un joven arqueólogo de talento. Por iniciativa propia, él hizo excavaciones en una pirámide tarasca, casi sin ningún apoyo, con la ayuda de unos cuantos alumnos. Cuando hizo hallazgos interesantes, excavando objetos antiguos de siglos diversos, fue pura y simplemente hecho a un lado, y el fruto de su trabajo lo acaparó el arqueólogo oficial de la República (hermano de un senador, con amistades bien colocadas, etc.), y pronto este hará sin falta un informe a la academia, con las pruebas necesarias, sobre los notables resultados de... sus excavaciones personales en dicha pirámide. Y así, en todos los dominios de la actividad pública. Y mientras que (si es cierto que existe una pequeña burguesía) el pequeño-burgués ciudadano se colma de privilegios marca Coca Cola, el peón se encuentra sometido a una pavorosa explotación bárbara, primitiva, estúpida e irracional. Sin embargo el país vive; vive con la promesa de un gran porvenir a través de grandes luchas salvajes y sanguinarias. Como en todos los países semicoloniales, los conflictos en potencia saltan a la vista. Su solución —sean los que sean los factores en juego— depende en primer lugar del sesgo que tomen los acontecimientos en Europa: una federación europea, con una unificación política y económica,

ahorraría mucho sufrimiento a países como este.

Con mi abrazo,
J. Malaquais. —

© Editions Phébus, París, 2000.

LITERATURA DOS DEDICATORIAS Y UN OFICIO

MARINA AZAHUA

En el primer capítulo de *Matadero cinco* o *La cruzada de los niños*, Kurt Vonnegut confiesa que odiaría tener que decir cuánto le ha costado este “asqueroso librito” en dinero, ansiedad y tiempo. En el mismo espacio parece pedir disculpas a su editor, Seymour “Sam” Lawrence, por entregarle un libro “tan corto y desordenado y balbuceante”, y concluye que no hay nada inteligente que decir sobre una masacre. Sin embargo, ese “librito” resultó ser una de las obras más insólitamente brillantes escritas a partir de la destrucción. La conciencia del escritor en torno a la rareza del texto final, esa confesión, es parte de su fuerza. En ella se centra la conciencia de quien se sabe vulnerable ante lo que ha escrito.

No es común que quien escribe dedique un libro a quien edita, mucho menos que se excuse de manera pública. Vonnegut le quita lo privado al acto confesional y con ello revela el aspecto

colectivo, a menudo ignorado, de la creación literaria. Si la escritura ocurre en soledad, la edición es el acto de compañerismo que se opone al aislamiento, un sitio donde es posible gestar amistades –si bien temporales– mientras se trabaja un texto a cuatro manos. Y por trabajo no me refiero a la labor de corrección, sino a un aspecto poco desarrollado en la tradición editorial en nuestro país: la participación activa del editor en el proceso creativo. El momento de la edición es casi siempre la primera lectura compartida de un texto; allí se detonan la vulnerabilidad de quien escribe y la hospitalidad de quien edita.

Es común entender el proceso de edición como una batalla entre dos partes: una que no quiere aceptar ningún cambio y otra que busca imponer sus modificaciones. Ningún proceso de edición es templado, pero no tiene por qué ser una batalla. En el mejor de los escenarios, quien edita practica su oficio como un acto creativo: trabaja los textos –en su forma, estructura y sentido– y no solo publica libros o revistas.

Como lo plantea atinadamente Roberto Calasso, “publicar buenos

libros nunca enriqueció terriblemente a nadie”, ni a autores ni a editores, al menos no monetariamente. Pero existe un enriquecimiento intangible que reciben ambas partes: la muy intensa aunque temporal relación que se construye a partir de la reelaboración de un texto. Quien edita es ante todo un resonador, podría decirse. Un buen editor o editora es invisible, pero su labor queda plasmada en la médula del texto.

Toda escritura surge de la oralidad. Es en la conversación y no necesariamente en el monólogo donde se gestan los principios fundamentales de la labor de la escritura. Y fue así, en una conversación –con un editor que es amigo y un amigo que es editor– que llegué a la conclusión de que la amistad y la edición parten del mismo principio: hacerle ver al otro que no se encuentra en el sitio donde cree estar.

Recibir un golpe donde más duele, que le digan a uno la verdad, de manera sincera aunque devastadora, constituye en ocasiones un acto de generosidad. De ahí la importancia de la dedicatoria de J. D. Salinger en su libro *Franny y Zooey*: “Tan cerca como

sea posible al espíritu de Mathew Salinger, de un año de edad, exhortando a un compañero de almuerzo a aceptar una haba de lima fría, yo exhorto a mi editor, mentor y (Dios lo libre) amigo más cercano, William Shawn, *genius domus* de *The New Yorker*, amante de lo improbable, protector de lo infecundo, defensor de los extravagantes sin remedio, el más inaceptablemente modesto de los grandes artistas-editores natos, a aceptar este librito de apariencia bastante flacucha.” Su dedicatoria funciona como una ofrenda casi animista en su sencillez: una retribución a la hospitalidad que el otro ha expresado hacia el texto de uno.

¿Qué sería de los escritores sin amigos que los corrijan, y sin editores que tengan la confianza para apuntar que lo escrito es en realidad terrible? La fuerza de un texto a veces se aloja en su vulnerabilidad; la generosidad a veces consiste en que te digan, con palabras sinceras, que estás equivocado. Quien no sabe recibir no sabe dar, y el escritor que niega esta fortuna padece la peor enfermedad del oficio: se encuentra demasiado seguro de lo que hace. —


 Universidad Nacional Autónoma de México


 Las voces en la UNAM

Las VOCES
 contemporáneas que marcan rumbo
 dejan huella en nuestro espacio digital

Richard Stallman | Mario Molina | Boaventura de Sousa | Ludolfo Paramio
 Baltasar Garzón | Eduardo Galeano | Fernando Savater | Elinor Ostrom

Arte • Genia • Cultura • Deporte • Derecho • Ecología • Economía
 Educación • Filosofía • Historia • Literatura • Medicina
 Política • Química • Salud • Sociedad • Tecnología

Visita nuestra página
www.voces.unam.mx


DGCS • Ana Myriam Nuñez M. Junio 2014